



CAPÍTULO VIII

Ripios poéticos y prosaicos

Eos que me lean no dejarán de extrañar la enorme cantidad de versos que entrevero en estos renglones; pero lo cierto es que no se puede escribir de aquellos tiempos, sin hablar lo que entonces llamábamos «el dulce lenguaje de las musas». Se vivía en verso en aquellas benditas y memorables calendas.

Pareados, tercetos, cuartetos, quintillas, sextas, rimas, séptimas, octavas, novenas, décimas, sonetos, acrósticos, madrigales, logogrifos, charadas, chascarrillos, enigmas, contraenigmas, canciones, epigramas, felicitaciones, sentencias, pensamientos, aforismos y apotegmas era lo que se decía en comidas, cenas, tertulias caseras y finas, y hasta en el Congreso.

El medio más seguro de hacerse conocido, era impro-

visar un lucido ovillejo; la manera de conseguir un empleo, arreglar una bonita felicitación en forma de cáliz ó de lira; el arte de medrar en la contaduría de propios ó en la aduana, estribaba en publicar en *El Monitor* ó en *El Siglo* una canción lo más dolorida y sentimental que fuera posible, escrita en octavas reales, italianas ó bermudinas, ó en serventesios provenzales.

Prieto pasó de escribiente de la Aduana á diputado y á ministro, no por sus discursos ni por sus artículos, sino por sus versos á *La Cuna* y *Al Cometa*, y estuvo á punto de pasar á la eternidad por los que le escribió á Paredes.

Ya que cae aquí como del cielo, referiré qué versos fueron esos. Por el cuarenta y cinco publicó Guillermo una letrilla á lo Bretón, que empezaba:

Hoy la espada y el bonete,
El fraile y el soldadón,
Están en un mismo brete
Por lanzar con un ariete
La pobre Constitución.
— Cuidado, Parietes...
— La Federación...
— Queremos monarca...
— Qué chula cuestión.

Don Mariano mandó llamar á su casa al poeta, le habló fuerte, Guillermo manoteó; pero exaltado el autó-



D. Guillermo Prieto

crata, descerrajó tal bofetada al poeta, que le hizo romper una mampara con la cabeza.

La esposa del Presidente — una santa — salió á la defensa de Guillermo y amonestó suavemente al marido.

— ¡Paredes, por Dios! ¿cómo te pones con muchachos?

Avergonzado el intemperante dió excusas á Guillermo, quien á la media hora ya tomaba chocolate en el comedor presidencial, y se convertía en el consultor de las niñas y la señora.

Payno, el solemne, antes que hombre público, fué escritor de leyendas, algunas no exentas de mérito. Y Escalante, Aguilar y Marocho, Roa Bárcena, don Joaquín Pesado, don Alejandro Arango y los Seguras, empezaron por poetas, siguieron por periodistas, continuaron por batalladores en pro de alguno de los dos bandos y acabaron por hombres políticos: ministros, regentes, embajadores, qué sé yo.

Cualquiera se reiría de mí si dijera que me pirro por las poesías de Casimiro Collado; que Echaiz, Emilio Rey y hasta el ripioso é insoportable Bocanegra, que adquirió fama por los versos del Himno nacional, tienen cosas bellas y coloridas.

Lo triste, para nosotros los liberales, era que quienes entendían la manera de escribir fueran los conservadores. Nosotros éramos poetas de *Dios mió*, que no nos parábamos en pinta para poner sílaba más ó menos en nues-

tros versos. Nada nos importaba la Academia ni el perro judío que la había inventado, pues á fuer de ciudadanos de una nación libre, pensábamos no había que hacer maldito el caso de los dictados de una Corporación extranjera y por añadidura monárquica y archicatólica. Y era claro; si se tenía derecho de disponer de los bienes de la Iglesia, mejor se podía declarar que las palabras tenían tres, cuatro ó cien sílabas, según conviniera á los intereses del poeta republicano.

Las novelas eran todas fúnebres y sentimentales. Ante todo había que ser *exquisito, espiritual, delicado*. De un poeta se decía que era tan tenue que su paso no se sentía; que era incorpóreo, que era intangible, que no hollaba la tierra. Para alabar á una niña, el piropo más fino era llamarla *sensible*.

La adoración á la mujer tenía algo de medioeval. Siempre se la llamaba *la bella mitad del género humano, la hermosa compañera de la vida*. Los libros que se escribían estaban destinados á ella, y se llamaban *Presente á las damas, Álbum de las señoritas mexicanas, Aurora poética, consagrada al bello sexo*, y otras cosas así.

En los libros se huía cuidadosamente de tratar cosas del país, juzgándose quizá que no eran dignas del coturno. Fernando Orozco escribió una deliciosa, admirable, potentísima novela, y apenas se llega á saber dónde acontecen los sucesos de ella.

Juan Díaz, Castillo y sobre todo Prieto, creían que algo explotable podía haber aquí y escribían de asuntos nacionales; pero poco gustaban esas cosas; mejor parecían los versos que Payno pone en boca de un cruzado:

Conquisté en Salem divina
Timbres de eterna memoria,
Y alivié mi sed de gloria
Con las aguas del Cedrón.
¿Por qué combates, guerrero?
Me preguntaba la Fama.
Yo respondí: «Por mi dama
Y la tumba de mi Dios.»

Por supuesto que escribíamos todos á la diablo, lo mismo en prosa que en verso. Hubo un mediquín italiano, poeta él, que publicaba los centones de disparates más terribles que se puedan ver, y don José Indelicato, así se llamaba el mamarracho, era tenido por un prodigio.

Los periódicos estaban llenos de editoriales, aunque no tan largos ni tan soporíferos ni tan malos como se supone. Zarco tenía instrucción, talento, habilidad, firmeza y honradez; Rosa, Prieto, Morales y otros muchos también se dedicaban al periodismo y escribían muy lindas cosas; y en otro bando los Seguras, que eran biliosos y exaltados, Roa Bárcena, que era sereno, equilibrado y persua-

sivo, y Aguilar, que tenía verba y talento de panfletista, trabajaron admirablemente en aquel tiempo.

Eso sí, el virus poético invadía hasta la seria y reposadísima *Cruz*, no perdonaba los diarios políticos y abun-



daba en los satíricos. Entonces fué cuando empezó la costumbre de poner al fin de los párrafos que hoy se llaman de información, una ó dos redondillas glosando y resumiendo el caso; costumbre que todavía conservan algunos periodiquines de provincia.

No es cierto que hayamos andado tan mal en materia de tipografía. Las ediciones de *Cumplido* eran excelentes

y en libros casi siempre útiles; las de Lara y de García Torres, no eran del todo detestables.

Pero si no se escribía la historia, se hacía; si no se observaban las costumbres, se vivían. Que vengan ahora á desentrañar los que saben, cómo salieron de tanto verso y tanto ensueño, tanta y tan potente realidad, cómo de la adoración á la mujer brotaron los derechos del hombre, y cómo de aquella sociedad poética y sensiblera salió ésta positiva y trabajadora.

